
PARADIGMAS Y CIENCIAS SOCIALES: UNA APROXIMACIÓN*

Pablo González Casanova

*Lic. José Doger Corte, rector de la Universidad Autónoma de Puebla;
Honorable Consejo Universitario;
Señores profesores y estudiantes;
Señoras y señores:*

Es para mí un gran honor estar el día de hoy con ustedes para recibir el título de Doctor Honoris Causa de esta universidad. El tema que voy a tratar es el de los "Paradigmas y las ciencias sociales".

El objeto es analizar la crisis de ciertos paradigmas de la sociedad y de la investigación científica sobre la sociedad. Por paradigma entendemos un modelo de plantear y resolver problemas que sirve de guía a los actores y a los investigadores. Dentro del paradigma, los actores y los investigadores individuales y sociales plantean sus problemas y buscan sus soluciones, y sólo abandonan el paradigma cuando la cantidad de anomalías en la acción y el conocimiento ataca hasta los elementos esenciales del modelo de acción o de investigación. A diferencia de T. S. Khun, en su famoso libro *La estructura de las revoluciones científicas*, nosotros destacamos dos hechos:

1. Que los paradigmas de las ciencias sociales no son universalmente reconocidos ni corresponden a una sola comunidad científica, y
2. Que como modelos de problemas y soluciones no solo sirven a las comunidades científicas, sino a las comunidades políticas a cuyo poder aquéllos se amparan o identifican. En la política destacan las crisis de los modelos de

* Discurso pronunciado el 12 de marzo de 1992 durante el evento en el que la benemérita Universidad de Puebla otorgó al Dr. Pablo González Casanova el grado de doctor *Honoris Causa*.

acción, de lucha y desarrollo que siempre tienen su contraparte simbólica en las ciencias sociales, por lo que el auge, la crisis y la emergencia de paradigmas de acción y de investigación están considerablemente asociados. Con eso queremos decir que vamos a considerar aquí los paradigmas de la investigación científica a partir de los paradigmas de la acción política y social, económica y cultural.

Actualmente estoy trabajando un tema de gran interés. Se refiere a las nuevas formas de pensar particularmente en las ciencias sociales, pero que se están dando también en las ciencias de la materia y en las ciencias de la vida. Estas nuevas formas de pensar se manifiestan de manera muy clara, en fechas recientes, por la crisis de los paradigmas, o modelos de sociedad, de Estado, de civilización, que han ocurrido a finales de este siglo. Efectivamente, si uno lee la prensa o escucha la radio o ve la televisión, o participa en las conversaciones sobre el mundo actual, fácilmente advierte que en estos tiempos ocurren cambios muy profundos, crisis muy grandes en distintos tipos de países, en distintos tipos de Estados, en distintos tipos de paradigmas o de modelos políticos y sociales, que surgieron más o menos en los últimos cien años y a los cuales se asociaron los correspondientes modelos o paradigmas de la investigación en economía, sociología o ciencia política.

Así, por ejemplo, a fines del siglo XIX surgió el paradigma de la socialdemocracia, el paradigma del Estado asistencialista, del Estado benefactor, que se desarrolló primero en la Alemania de Bismarck y que después adquirió un relieve enorme en gran cantidad de países europeos y fuera de Europa, en los propios Estados Unidos, con las políticas de tipo socialdemócrata, con las políticas del partido demócrata de Estados Unidos en la época de Franklin Delano Roosevelt, con políticas que tendían a resolver los problemas sociales mediante una intervención del Estado en la educación, en la salud, en la construcción de viviendas, en el desempleo, en pensiones para los ancianos.

Y hubo un gran teórico en el mundo de la economía, de las ciencias económicas, que se llamaba Keynes. Era un *lord* inglés, que fundamentó el modelo de desarrollo, el paradigma, en el terreno de la economía, y durante mucho tiempo este paradigma tuvo una influencia muy grande en las corrientes políticas europeas y de muchos países del mundo. Pero el paradigma, el modelo, entró en crisis en los años setenta, cuando la sociedad posindustrial y el desarrollo científico de las técnicas de la comunicación para la producción y los servicios quitó una fuerza relativa a la clase obrera organizada, mientras ésta siguió formulando demandas económicas y sociales excesivas para su menguada fuerza y demasiado costosas para la acumulación de

capital, lo que llevó a una especie de ruptura del pacto social que estaba en la base del Estado benefactor.

Fuera de Europa, incluso fuera de los países centrales, de los países más industrializados, más avanzados, que eran antiguos países imperiales y en los que se había desarrollado la gran empresa monopólica, también surgieron políticas de tipo social a cargo del Estado, y surgió un nacionalismo defensivo, un nacionalismo liberador, que tenía como antecedente la historia colonial de naciones que habían sido colonias de los más desarrollados, dependencias de ellos, y en las cuales a los distintos movimientos en favor de la independencia (en los que América Latina fue pionera) se añadieron propósitos o proyectos para construir Estados-nación independientes y soberanos en el terreno económico y en el terreno político, que asumieran la responsabilidad de resolver el problema social, con medidas gubernamentales y no gubernamentales, relacionadas con un nuevo reparto de la riqueza pública, privada y social, fenómeno que se dio en México desde la Revolución Mexicana, sobre todo desde la que sucedió a la que iniciara Francisco I. Madero, y que fue encabezada por Venustiano Carranza, en respuesta a las demandas sociales de los rancheros y los campesinos pobres y de los obreros y las clases medias urbanas encabezados por Villa y por Zapata, por los líderes anarquistas y laboristas.

El Estado surgido de la Revolución Mexicana se asemejó a los Estados asistencialistas, a los Estados benefactores, de que estaba hablando hace un momento. Ese Estado se planteó también el problema de la educación como responsabilidad pública, de la salud y la asistencia como responsabilidades públicas, se planteó el problema del empleo, se planteó el problema de los derechos de los trabajadores, se planteó el problema de otorgar tierras a los campesinos y de recuperar las riquezas nacionales en poder de los grandes monopolios extranjeros; y así como ese Estado, que surgió en México por los años diez, surgieron después muchos más en el Tercer Mundo, a lo largo de un periodo que va de principios del siglo xx a más o menos los años sesenta o setenta, en que este tipo de Estado, este paradigma de Estado nacional y social del Tercer Mundo, entró en crisis y empezó a ser llamado Estado "populista" en una forma crítica, desde posiciones reaccionarias —propias de quienes buscaban el predominio del gran capital— o desde posiciones progresistas de quienes buscaban la democratización de la vida pública y el incremento de las políticas de justicia social y desarrollo. En efecto, la palabra "populismo" se empleó y se emplea para designar aquellos movimientos o Estados que, pretendiendo ser representantes del pueblo, adquieren formas autoritarias, con caudillos, con caciques o líderes que los dirigen; y que más que ser Estados populares, son Estados populistas.

Pues bien, en los años sesenta y setenta esos Estados entraron en una seria crisis que coincidió primero con los movimientos revolucionarios que surgieron a raíz de la Revolución Cubana y, años después, con las grandes alzas del petróleo a nivel mundial, que en los años setenta afectaron gravemente a los países no petroleros. Ambos hechos, la radicalización de los movimientos populares y las alzas del petróleo y de los costos de producción, desataron una respuesta muy agresiva de las grandes potencias. Los regímenes “populistas” fueron sistemáticamente derrocados, pero más que por gobiernos revolucionarios, por gobiernos autoritarios o militares. En realidad culminó con su caída un proceso muy amplio. En él puede advertirse que muchos Estados populistas de América Latina, de África y Asia, que habían surgido en la Segunda Guerra Mundial, empezaron a ver cómo estallaban sus propias contradicciones, sus propios desequilibrios, y empezaron a ser acosados e incluso derrocados por movimientos que querían ser más radicales, más profundos, o por movimientos que tendían a ser conservadores o reaccionarios y a beneficiar más bien a las viejas oligarquías terratenientes o a los grandes empresarios, a los viejos y nuevos intereses de tipo colonial o imperialista. En todo caso, ese otro modelo, ese otro paradigma de Estado-nación popular y social, benefactor y desarrollista, también entró en una seria crisis en los últimos 30 años, y con él un modelo o paradigma de investigación y análisis social y político que se desarrolló en el Tercer Mundo a partir del discurso filosófico, del ensayo histórico y social y de algunas corrientes positivistas que desde el siglo XIX y XX incluyeron ciertas técnicas de trabajo de campo y otras, estadísticas, para especificar y precisar sus análisis de los problemas de la dependencia y la liberación. El paradigma o modelo de las ciencias sociales del nacionalismo revolucionario o liberador tuvo un amplio marco filosófico y variaciones políticas tan ricas como son las civilizaciones e ideologías de África, Asia y América Latina. Con grandes autores que van desde Sun Yat Zen hasta Nehru, o desde el poblano Luis Cabrera hasta el ghaniano N’Krumah, su discurso se enriqueció con los enfoques marxistas periféricos que cuentan entre sus líderes intelectuales a Mao Tse-Tung y Fidel Castro. Paradigma difuminado en las palabras y las filosofías, el de las ciencias sociales del Tercer Mundo se precisó con las acciones y, sobre todo, con la relación entre las palabras y los hechos y las formas en que los pensadores y líderes igualan la vida con el pensamiento.

A la caída de los regímenes y paradigmas del nacionalismo liberador se añadió una más que acaba de ocurrir en 1989 de manera colosal, de manera impresionante, que fue el colapso de todo un mundo asociado a la segunda gran potencia militar del globo, que se llamaba hasta hace poco Unión Soviética, y que dejó de existir.

La crisis de los países aliados a la Unión Soviética y de la propia Unión So-

viética es un tema del que todos hablamos. El fenómeno acabó con un poderío económico, político y militar, gigantesco, el de los países del “socialismo real”, como les llamó Brézhnev, uno de los dirigentes rusos. Los países del llamado “socialismo real” entraron *realmente* en una grave crisis de la que no salieron nunca, una de las crisis más espectaculares en la historia. Corresponde a la crisis del paradigma, del modelo por el que lucharon miles, millones de hombres —a menudo en formas heroicas—, en busca de una sociedad más justa que liberara simultáneamente a los países dependientes y a los trabajadores, a los pueblos oprimidos y a los obreros explotados. Ese proyecto o paradigma —conocido como marxista-leninista— logró notables avances económicos, sociales, educativos y científicos durante un largo tiempo, pero fue cayendo poco a poco en manos de burócratas, de políticos, de mafias, que se aprovecharon del inmenso poderío que concentraron en fábricas, pueblos y oficinas para ir acumulando sus propios capitales en el mercado negro, en el tráfico de armas, al favor de robos a su propio Estado, un fenómeno parecido al que se dio en muchos de los países de los Estados nacionalistas, pero que en este caso provocó una contradicción todavía más fuerte, porque se suponía que los dirigentes de estos países estaban luchando por una sociedad igualitaria y resultó que muchos de ellos estaban realizando un proceso de mera acumulación de capitales particulares, en violación a todos sus principios y a toda su filosofía y a todos sus discursos, a todo lo que estaban diciendo. No sólo, sino que el terrible autoritarismo que ostentaban y que dio pie a la corrupción y a la restauración tuvo un efecto más: entró en contradicciones crecientes con el desarrollo científico y tecnológico y fue física e intelectualmente incapaz de impulsar las industrias más avanzadas y de triunfar en la revolución científica y tecnológica del conocimiento y la información.

A la derrota moral del paradigma de acumulación social, se añadió así la derrota científica y tecnológica de la segunda y la tercera Revolución Industrial, sobre todo de esta última: la de la comunicación, pero también la taylorista de la producción en masa, pues el llamado “socialismo real” empezó a producir tractores, aviones, maquinaria muy burda, muy costosa, muy ineficiente, cuya construcción y mantenimiento implicó grandes derroches de materias primas y energéticos. De ese modo, entraron en grave crisis no sólo la economía y la realidad y la política, sino el lenguaje y la concepción del mundo y de la vida de una filosofía que se quería general, universal, y que pretendía imponerse en forma autoritaria y oficial a todo mundo. Y realmente lo que ve uno en este momento, es la gravedad de la crisis de ese paradigma autocrático que se manifiesta en la pérdida de las palabras, del discurso y de las formas de razonar si las hubo, al grado que muchos de los líderes que están actualmente al frente del proceso o en su contra, parece que no

saben a qué palabras recurrir, ni en qué conceptos apoyarse, ni qué decir ni qué pensar, lo cual da idea de una crisis realmente muy grave, mayor sin duda que la de los Estados benefactores del Primer Mundo y la de los Estados populistas del Tercero.

Los comunistas enriquecidos se volvieron partidarios atarantados de un *laissez faire* de que se disfrazaron violentando sus reflejos estalinizantes, todo tras destruir un paradigma científico que arrancado de la filosofía clásica alemana hiciera una crítica de Hegel —con Hegel—, de Ricardo —con la escuela inglesa del valor—, del socialismo —con los críticos más avanzados de la Revolución burguesa y sus desastres sociales, los llamados socialistas utópicos, y que tras las aportaciones ecuménicas de Marx y Engels plasmara el proyecto más ambicioso para la liberación de los trabajadores y de los pueblos, con Ivan Illich Lenin, heredero de toda aquella corriente Europea del pensamiento dialéctico y científico y heredero también del populismo ruso que se vinculó a los movimientos de liberación de los pueblos oprimidos. El paradigma de acción y el científico se fueron a pique, víctimas del mandonismo, sin dejar vestigio ni de su fuerza original ni de su sapiencia dialéctica.

El planteamiento neoliberal —hoy dominante en el mundo— se hizo con el apoyo de los grandes grupos de poder, de las grandes empresas trasnacionales, del capital oligopólico. Además encontró apoyo, encontró base social en el descontento que habían generado un Estado asistencialista en crisis y los regímenes de tipo populista o socialista autoritario y corrompido. Así se levantó orgullosa una alternativa que ya estaba en el ambiente y que corresponde a una parte de la cultura, de las preferencias intelectuales y materiales de las clases dominantes de Europa, de Japón, de Estados Unidos e incluso de muchos países subdesarrollados. Las clases dominantes, que habían perdido los gobiernos y los habían tenido que dejar en manos de los socialdemócratas y los populistas, volvieron a tomar el control del poder político directo, o impusieron sus políticas liberales y neoconservadoras a socialdemócratas y populistas. Las viejas clases dominantes, sus corporaciones, sus asociaciones, habían mantenido e incluso incrementado su poderío económico y financiero, y habían logrado una profundidad muy grande en sus planteamientos ideológicos neoliberales, combinándolos muchas veces con investigaciones científicas que corresponden a un desarrollo notable de las ciencias sociales, particularmente de aquellas que se sirven del método experimental para estudiar los fenómenos sociales o de aquellas que usan el análisis de sistemas, es decir, el análisis de conjuntos y subconjuntos sociales, para ver en qué condiciones se encuentra la estructura social, la sociedad; qué formas tiene la sociedad, y cómo cambiar estas formas, con qué grados de libertad organizarse, autorganizarse y reorganizarse.

Pues bien, los grupos liberales o neoliberales, estos grupos liberales de fines del

siglo xx, con ideologías de tipo conservador, tienen una gran tradición filosófica y política que constituye parte de la riqueza cultural de los mismos. Por un lado, tienen a sus grandes filósofos, a sus grandes teóricos, desde Hobbes, Locke, Adam Smith, hasta Hayeck o Raymond Aaron, o Popper; tienen además el dominio de los métodos científicos experimentales, y de los métodos científicos que corresponden al análisis de sistemas, muchos de ellos paraexperimentales. Y todo eso nos obliga a reconocer que el paradigma que ahora está dominando cuenta, por un lado, con grandes pensadores y filósofos, y, por otro, dispone de métodos muy finos y eficaces para el estudio de las formas y de estructuras sociales, como imágenes que puede uno tener, y también como dibujos que puede uno hacer, como un pensar-hacer para que las organizaciones sean más eficaces y las estrategias sean más adecuadas en un sistema global en que dominan las grandes compañías transnacionales y sus asociadas del centro y la periferia mundial con sus paradigmas científicos y sus paradigmas de poder.

El problema es que la alternativa dominante, la alternativa neoliberal —en todas sus versiones— ha generado en menos de 10 años una realidad que lejos de resolver los problemas del proyecto humanista, conforme corre el reloj, muestra que estos problemas se acentúan, que se extienden, que se agudizan. El más serio, el más grave de ellos, con implicaciones muy grandes para el futuro de la humanidad y para la sobrevivencia del hombre es el de la miseria, es el de la pobreza y la extrema pobreza, que está creciendo de manera tremenda, afectando todos los proyectos humanistas y liberales que vienen desde la Revolución Francesa y desde la revolución de independencia de los Estados Unidos, y mostrando de nuevo que tras ellos se encierra y se mueve la realidad invencible de la explotación más irracional y cruel de hombres, pueblos y riquezas naturales, incluso del agua que bebemos y del aire que respiramos, de mares, bosques, mantos acuíferos y reservas de energéticos.

En estos 10 años de neoliberalismo y deuda externa creciente y políticas de ajuste, la pobreza y la pobreza extrema han aumentado muchísimo incluso en los países altamente desarrollados, sobre todo cuando éstos aplican la política neoliberal de una manera ortodoxa, esto es, respetando las leyes del mercado como si las leyes del mercado fueran a resolver los problemas del hombre y los problemas sociales de manera natural, sin mayor intervención, sin una política social, sin un programa social. Resulta que no es así, y que si la miseria —por un lado— está creciendo, junto con fenómenos llamados de marginación, de exclusión, de explotación —por otro lado—, la democracia del proyecto neoliberal, en esas condiciones de insatisfacción social, aparece como un proyecto muy endeble, muy dudoso, muy discutible, muy inestable, con problemas de ingobernabilidad mundial

y nacional que se acentúan también en el campo ecológico, problemas de destrucción del medio ambiente y del propio ecosistema. Estos problemas se deben, por una parte, a un modelo de desarrollo que ha surgido sin control social, un modelo consumista; por otro, a un modelo marginalizador; con exceso de consumo civil derrochador y con tremendos insumos militares, eso por un lado, y por otro al crecimiento de los pobres que destruyen sus propios suelos, sus propias selvas, su propio *habitat* para tratar de sobrevivir en medio de una miseria inenarrable que antes abarcaba a las tres cuartas partes y hoy abarca a las cuatro quintas partes de la humanidad, según los estudios más recientes, y que no sólo afecta a los pobres, a los miserables, sino a los que no lo son, y que es parte de los problemas de la destrucción del medio ambiente a nivel global.

En estas condiciones, a la crisis de los modelos populistas y del socialismo real se añade hoy una crisis que se está agudizando y que se va a profundizar antes de que termine este siglo: es la crisis de los modelos neoliberales, del paradigma neoliberal dominante y de las fuerzas dominantes que lo defienden. Así se plantea hoy mismo un problema para todos nosotros, o como estudiosos o como estudiantes; cómo investigar los problemas sociales de nuestro tiempo y cómo estudiar las ciencias sociales y las humanidades para que nos den una imagen relativamente clara de esos problemas, de las tendencias actuales de la sociedad y de la historia, de la estructura actual del mundo y de sus posibles transformaciones, una imagen en que podamos apoyarnos por lo menos para una aventura del pensamiento, o por lo menos para iniciar nuestro estudio del mundo en el que vivimos, de la sociedad en que vivimos y de los nuevos ideales humanistas que van a surgir en ella, y de las posibilidades prácticas, reales de hacerlos efectivos. Se trata de problemas relacionados con la alternativa, a los que querría referirme brevemente y con los cuales terminaré esta plática.

El problema es el siguiente: a la crisis del Estado asistencialista, del Estado populista y del Estado del socialismo real, se añade, cada vez más, una crisis que se está acentuando a nivel global y que es la crisis del propio Estado neoliberal hoy triunfante. Y las reflexiones que despiertan estos hechos, son de tres tipos, una que veo en forma muy crítica, y otras dos que me parece que van a presentar muchas posibilidades para la comprensión del mundo y para su transformación en los próximos años.

La primera, se refiere a posiciones muy escépticas, muy conformistas, de filósofos desilusionados, desencantados, que consideran que ya se acabó el proyecto humanista, el proyecto que la revolución francesa, por ejemplo, formuló con aquellas tres palabras de *libertad, igualdad, fraternidad*. Piensan que estamos en la edad posmoderna, que ya no hay nada que hacer, y exploran posibilidades de huida en el

campo de la creación estética, y en la búsqueda de formas de pensar que no correspondan a un paradigma para mejorar las condiciones del país, o del globo terráqueo. Dentro de esa corriente y en una posición todavía más conservadora, porque en el fondo si uno dice que no hay nada que hacer pues ya está uno volviéndose conservador, está uno diciendo, “bueno no hay nada que hacer, dejen que hagan y que el mundo siga siendo como está, con todos los defectos que tengan de miseria, de opresión”... Dentro de esta corriente, hay una publicista, medio filósofo, que es un norteamericano con nombre japonés que se llama Fukuyama, que escribió un ensayito muy famoso, y no porque sea muy profundo ni muy notable, sino porque dice con gran claridad, de manera compacta, lo que le interesa a muchos señores que se diga: que ya se acabó la historia, aquí sanseacabó, aquí ya no hay nada que hacer. Y Fukuyama ha escrito este folletito sobre el fin de la historia, en que dice: hasta ahora hubo historia, pero de aquí en adelante todo va a ser más o menos igual; alternativas al mundo actual no van a existir, y la gente, —no lo dice así—, pero, *tiene que aguantarse*, tiene que sobrellevar este mundo pase lo que pase y vaya a donde vaya. Tales posiciones del norteamericano con nombre japonés se deben ver con mucho cuidado; posiciones parecidas siempre han surgido en los momentos de crisis. Siempre se ha acentuado en las crisis el número de conformistas o de desesperados, de malditos, y algunos hasta han sido grandes poetas, como los que escriben entre la Revolución del 1848 y la caída de la Comuna, y hay que leerlos si son grandes poetas —como a Baudelaire o a Rim-baud—, porque impresionan mucho sus expresiones sobre lo que está ocurriendo, que es terrible, y sobre la dramaticidad de una historia que ellos ven sin salida, de un hombre que no tiene la libertad de cambiar su mundo, hay que leerlos, hay que gozar su poesía y que rechazar su filosofía, su visión del mundo que por hermosa que sea está equivocada.

Pero hay una segunda fuente que me interesa señalar y que corresponde a una gran transformación de la ciencia que está ocurriendo más o menos desde 1950 para acá y que ha hecho eclosión recientemente. Es una maravilla lo que está ocurriendo en ese terreno, en el terreno de los cambios científicos de nuestro tiempo. Son tan fuertes que muchos autores dicen que desde Newton, no se habían dado cambios tan fuertes. Newton acabó con toda una forma de ver el mundo, que venía de Aristóteles, en que todo se explicaba a base de sustancias, y Newton empezó a descubrir las leyes de la física, y encabezó un gran movimiento que arrancaba de una gran cantidad de científicos, particularmente del campo de la física como Kepler y Galileo, o de las matemáticas, como Leibnitz. Ese movimiento dio una formulación nueva a las ciencias de la materia, forjó un paradigma muy influyente y a contrapelo de las ciencias de la vida, y que las ciencias sociales trataron de adoptar durante todo el siglo XIX.

Ahora bien, hoy resulta que el paradigma del cosmos y de la materia que encontró Newton siguió dominando hasta Einstein y no ha sido sino después cuando ha empezado a irse para abajo. Hasta Einstein dominaba la idea de que sólo había un Universo y una Creación; esta idea no se cuestionó, se dio por natural, y resulta que en los estudios más recientes de las ciencias de la materia y de las ciencias de la vida aparecen *distintas creaciones y distintos universos*; y esto que se dice así en dos o tres palabras, corresponde a investigaciones bellísimas, algunas realmente difíciles de entender, pero que nos plantean de nuevo en ciencias sociales, y en relación a los proyectos que los escépticos y desencantados quieren abandonar, la posibilidad de crear un mundo distinto y la posibilidad de pensar en distintos mundos o universos sociales y de *hacerlos*.

Así, al mismo tiempo que ha ocurrido todo este gran drama de los paradigmas sociales, surge hoy en las tres grandes áreas del pensamiento científico, en las ciencias de la materia, en las ciencias de la vida y en las ciencias del hombre, un patrón de análisis común a todas ellas que nos indica que la creación no nada más ocurrió una vez, como en el *Génesis* y en todas las religiones, sino que es un fenómeno que continúa, y que el Universo no es uno solo —como en todas las religiones y filosofías— sino que son varios, ni sólo *está creado* sino *está por crear*. Y aquí hay descubrimientos de tipo físico, químico, biológico, de tipo matemático, de tipo lógico y psicológico, sumamente elaborados y atractivos —con toda una pléyade de autores como Alan Turing; R. Defay; Ludwig von Bertalanffy; John von Neuman; Illya Prigogine; Norbert Wimer y Arturo Rosenbluth; René Thom y Humberto Maturana, entre otros— que confirman las evidencias de que no estamos predeterminados ni necesariamente condenados a malvivir o destruir el mundo, y que nos obligan, en el campo social, a partir de la hipótesis de que sí podemos cambiar el mundo, es decir, de que va a haber posibilidades de cambiar el mundo, de acuerdo con objetivos, y de que quienes creen que ya se acabó la historia y se va a acabar el mundo, tienen muchas probabilidades de estar equivocados. Y, esto es muy alentador, sobre todo cuando se es joven como todos nosotros.

Así, acerca de la posibilidad de cambiar el mundo, todas las ciencias nos están diciendo hoy que esa posibilidad existe, y vale la pena por eso estudiarlas y aplicar el nuevo conocimiento también a los fenómenos sociales y a los paradigmas que surgen de la sociedad civil; y en este terreno (y con esta tercera aproximación voy a terminar) se está dando un fenómeno muy interesante, a nivel mundial, de lo que se ha llamado “democracia emergente”, un fenómeno que se acentúa y se profundiza, que es mucho más claro en América Latina, pero que existe también en África, en Asia y en los países altamente desarrollados, con la idea de que

realmente el paradigma del futuro, no tiene por qué descansar en una intervención del Estado muy grande, como se pensó en el Estado asistencialista, en el Estado populista y en el Estado del socialismo real, pero tampoco tiene, como se piensa en el neoliberalismo, que descansar en los grupos de poder económico cuyo motor principal es la ganancia, es el incremento de las utilidades, sino que tiene que descansar en un *poder de las mayorías*, un poder que sea pluralista, que sea respetuoso de las ideas de los demás, que sea respetuoso de las variaciones políticas, de los universos ideológicos y que aproveche todas las experiencias anteriores del proyecto democrático y de la lucha por la libertad, la justicia social, la independencia y la soberanía, para tramar un paradigma social —de control de la corrupción y el autoritarismo, de eliminación de la explotación y de respeto al espíritu científico y a la alta calificación técnica— mucho más elaborado que los que hemos tenido antes, con la ventaja de que la guerra, en este momento, como solución global ya no es solución, y con la ventaja de que el desarrollo tecnológico controlado y al servicio de la investigación científica y los valores humanísticos, puede darnos un mundo considerablemente mejor.

Yo creo que difícilmente al decirles estas palabras les estoy diciendo algo que tenga pocas probabilidades de ser cierto, porque son muchos los científicos que desde la física, desde la química, desde la biología, desde la sociología, la economía, la filosofía, el análisis de sistemas, nos están insistiendo en que el hombre tiene posibilidades de alcanzar un mundo mejor. Muchas gracias.